



Capítulo 176 - Volvámonos locos

"¿Alguna pregunta? No voy a ser indulgente contigo", dijo Felicia, con una sonrisa teñida de orgullo mientras observaba a Vergil.

Él permaneció imperturbable, respondiendo con calma mientras se estiraba: "Tú eres el amo aquí. Solo necesito seguir tus órdenes".

Felicia arqueó una ceja, visiblemente poco impresionada con su respuesta. «Qué respuesta tan aburrida», replicó, esperando algo más enérgico o desafiante de su parte.

Vergil se detuvo un momento, mirándola de reojo antes de responder con tono tranquilo: «Confío en ti. Sé que no me harás perder el tiempo con cosas inútiles. Después de todo, eres mi madre, ¿verdad?».



Dicho esto, reanudó sus estiramientos, como si la conversación fuera simplemente una nota al margen.

Felicia guardó silencio un momento, observándolo. A pesar de su actitud tranquila, percibía algo más profundo tras su comportamiento.

Ahí está de nuevo... Fingiendo que todo está bien. Pensó, mientras la mirada neutral en el rostro de Vergil le traía viejos recuerdos. Es exactamente la misma expresión que tenía cuando... la marioneta murió...

El recuerdo del padre de Vergil apareció en su mente, un eco distante de más de una década atrás que todavía la hacía preguntarse cuánto del chico fuerte y resistente frente a ella estaba enmascarando cicatrices del pasado.



Como un destello del pasado, el recuerdo se reprodujo en su mente...

El zumbido apagado de voces llenó la pequeña sala de espera del hospital, pero para Felicia, todo parecía un silencio hueco.

Ella se sentó en una silla rígida, sus manos temblaban ligeramente mientras agarraba el brazo de Vergil a su lado.

Él era apenas un niño en ese entonces, e incluso a tan temprana edad, había algo peculiar en sus ojos... un brillo que parecía saber más de lo que debería.

—Señorita Felicia —comenzó la doctora con cautela, con la voz impregnada de preocupación, como si unas palabras más suaves pudieran suavizar el golpe—. Lamentamos informarle, pero... no sobrevivió.

Felicia se quedó paralizada. Aunque se había preparado para esto, la confirmación fue como un golpe físico. Sus dedos se apretaron instintivamente alrededor del brazo de Vergil, pero él no reaccionó. Permaneció inmóvil, mirando al doctor con una expresión vacía e impasible.

Hicimos todo lo posible, pero las complicaciones fueron... demasiado graves. Falleció en paz, sin dolor. El médico dudó un momento y añadió: «Si desea verlo una última vez, podemos organizarlo».

"No", respondió Felicia casi al instante, en voz baja pero firme. Miró al doctor con ojos fríos, una máscara de control absoluto que ocultaba la tormenta que sentía en su interior. "No necesito verlo... y él tampoco."

Se giró hacia Vergil, quien permanecía inmóvil. El chico parecía ajeno al peso de la situación. Tenía la mirada fija en el suelo y una expresión impasible.





—¿Vergil? —lo llamó Felicia en voz baja, agachándose para quedar a su altura—. ¿Entiendes lo que acaba de decir el doctor?

Finalmente la miró y su respuesta fue simple y directa: «Sí».

—¿Y tú cómo te sientes? —preguntó Felicia vacilante, sin saber cómo manejar la situación.

Vergil permaneció en silencio unos segundos antes de responder: "No importa. Se ha ido. No hay forma de cambiar eso".

La frialdad de su respuesta quebró algo dentro de Felicia. No porque estuviera equivocado, sino porque era demasiado correcto para una niña de su edad. No hubo lágrimas ni ira, solo una aceptación que se sentía... mal.

—Vergil, no tienes que ser fuerte ahora —intentó Felicia, poniéndole las manos en los hombros—. Puedes llorar. Puedes gritar. Eso no es debilidad.



La miró fijamente y, por un momento, Felicia pensó que haría precisamente eso. Pero luego desvió la mirada y se encogió de hombros. "Siempre decía que tenía que ser fuerte, ¿verdad? Así que eso haré".

Felicia se quedó sin palabras. Por mucho que quisiera romper la barrera que él estaba construyendo, sabía que obligarlo solo empeoraría las cosas. En cambio, lo atrajo hacia sí, abrazándolo con fuerza. Él no le devolvió el abrazo, pero tampoco se apartó.

Maldita sea, odio recordar cosas que ni siquiera eran mías... ¡Qué desastre, borrar mi propia mente! —maldijo Felicia para sus adentros, endureciéndose al apartar los pensamientos indeseados. Respiró hondo y miró a Vergil, que seguía estirándose como si nada.



—Vamos —dijo con naturalidad, interrumpiendo sus pensamientos—. Sé que te mueres por entrenarme. Tu pequeña competencia con Zafiro sigue en pie, ¿verdad? —Arqueó una ceja, con una leve sonrisa burlona en sus labios.

Felicia entrecerró los ojos, irritada por su tono provocador. Antes de que pudiera responder, él terminó de estirarse, se enderezó y la enfrentó con una confianza inquebrantable. "Entonces, vamos, demuéstreme lo que tienes".

Por un breve momento, la habitación quedó consumida por un silencio absoluto.

"..."

De repente, todo cambió.

"!!!"

La sonrisa de Felicia se desvaneció como si nunca hubiera existido. Poco a poco, se transformó en algo mucho más amenazante. Sus ojos brillaban de un rojo intenso y ardiente, ardían como brasas fundidas, irradiando un aura de puro terror. Sus colmillos se afilaron hasta convertirse en refinadas puntas afiladas, y una energía oscura y opresiva comenzó a arremolinarse en su cuerpo como una tormenta furiosa.

La arena estaba envuelta en una presión sofocante. Su instinto asesino era tan intenso que casi parecía tangible, pesando en el aire y provocando escalofríos a cualquiera que estuviera cerca.

Vergil se quedó inmóvil, observando la transformación con una mezcla de fascinación y cautela. La fuerza abrumadora parecía una ola gigantesca, lista para aplastarlo, pero no retrocedió.





"¿Quieres que te muestre lo que tengo?", dijo Felicia, con una voz ahora baja y siniestra, como un susurro con el peso de un trueno. Su sonrisa regresó, pero esta vez era completamente sádica. "Espero que estés lista porque no me contengo".

Una gota de sudor resbaló por el rostro de Vergil, pero mantuvo la mirada fija en ella. Sabía que cuando Felicia se ponía así, no había lugar para la vacilación.

"Eso es exactamente lo que quiero", respondió con una sonrisa atrevida, incluso bajo el peso aplastante de su aura. "Si vas a entrenarme, dame todo lo que tengas".

¡JAJAJAJAJAJA! La risa de Felicia era una mezcla escalofriante de diversión y locura. "Tienes agallas, muchacho. A ver si esa confianza tuya sobrevive cuando termine contigo".



Con un repentino arrebato de velocidad, se abalanzó hacia adelante, haciendo temblar toda la habitación bajo la fuerza de su energía demoníaca. Vergil apretó los puños, sintiendo la sangre correr más rápido por sus venas. Sabía que estaba a punto de enfrentarse a algo mucho más allá de todo lo que había experimentado antes.

Y a pesar del peligro inminente, sonrió. Después de todo, esto era justo lo que necesitaba: necesitaba desatar todo, liberar la furia que había estado conteniendo desde lo que le hicieron a Viviane.